



Jeanette
MacDONALD

espana ^{M. R.}
Nº 16

La aventura de los extraviados

CUENTO CINEMATOGRAFICO SIN BESO FINAL

—Le repito, patrón, que no hay negocio mejor que éste—dijo el que iba a los remos a su compañero, un muchacho alto y musculoso—. Sé perfectamente dónde guardan la plata. Un hermano mío estuvo un tiempo sirviendo como sacristán y me ha referido que todos los días vela al cura y a su sobrina esconder los billetes recogidos en un mueblecito que él tiene en su habitación. El dinero debe estar ahí, indudablemente, puesto que aún no se ha reunido la cantidad necesaria para construir la nueva iglesia. ¿Comprende, patrón?

—Sí, sí, comprendo—murmuró distraídamente Simón, llamado «el Belga».

—Mi hermano calcula que tendrán juntos unos diez o doce mil pesos. Una ganancia como para hacernos ricos... Pero, ¿qué le pasa, patrón?—terminó el remero al apercibirse de que el joven no parecía preocuparse mucho de su charra.

—Nada, viejo. Estaba mirando esa inmensidad de gaviotas. ¿Cómo pueden reunirse tantas, Jim?

Tal como «el Belga» decía, era imposible calcular el número. Las gaviotas flotaban suavemente sobre las aguas, casi en la playa misma. Eran cientos de cientos, millares de millares. Sobre el mar se veía una inmensa mancha blanca, que desde lejos no se habría identificado a no ser por los graznidos de los pájaros y por uno que otro que de pronto levantaba el vuelo para ir a posarse un poco más allá, tal vez en busca de desahogo. Cuando el bote se aproximó, las gaviotas chillaron fieramente al sentirse embestidas por la proa de madera y desplegaron las alas con estrépito. Daba alegría contemplar esos miles de pájaros libres cobijándose al agua con la inmensa y vacilante sombra que proyectaban.

Los dos hombres saltaron a tierra. Tiraron del bote hasta vararlo en la playa. Una vez que estuvo boca abajo, con su panza al aire, como un animal extraño que arrojaran las olas, ambos echaron a andar hacia un montoncito de casas que se divisaban lejanas. Debía tratarse de un poblado muy pequeño, de esos que existen por millares a lo largo de las costas. Veinte o treinta casas humildes, otras tantas miserables chozas de pescadores y una pequeña iglesia que habría hecho sonreír a cualquier turista. También se de mencionó la consabida posada, que no dejan de existir en ningún poblado del mundo, y a la cual nuestros hombres dirigieron la proa de sus pasos.

EL PASADO DE DOS HOMBRES.

Difícilmente habría en los grandes puertos próximos un hombre de mar que no conociera a la pareja que acababa de poner sus pies en Caleta Nueva, el pequeño y antiguo poblado citado por la abundancia de su pesca. «El Belga» y su amigo eran tan populares entre los marinos sin contrato como entre los contrabandistas. Siempre vagando por los puertos, de taberna en taberna, de muelle en muelle, de calle en calle, aquella pareja se había hecho popular. Ocurría un robo, se descubría un contrabando o se sabía de una violación en un camino desierto, y los nombres de «el Belga» y su compañero circulaban de boca en boca entre los marinos, que conocían la cadena de aventuras que ataba el pasado de los dos vagabundos, así como su afán de andar siempre metidos en negocios oscuros.

A Simón Constand, al principio, se le había conocido a bordo. Hijo de un capitán belga, de niño había sido un buen grumete. Un día naufragó la goleta que mandaba el capitán y el muchacho, que no compartió el lecho de algas de su padre, encontró su destino pasando a otro barco y obteniendo otro contrato. Se le sabía buen marinerito.

A bordo había conocido a Jim, que era ayudante de cocina. Desde el primer día hicieron buenas migas y pronto llegaron a ser inseparables aun cuando Jim trataba a Simón «el Belga» con el respeto que el grumete usa para dirigirse al capitán, y le obedecía ciegamente. Si firmaban contrato, era a condición de ir juntos. Si uno reñía a bordo, el otro pedía su baja o desertaba con él. Así, tripulaciones de tripulaciones fueran enterándose de la amistad que unía a Jim y «el Belga».

Pero un día el joven Simón se cansó del mar y desembarcó. En tierra los dos amigos, se convencieron de que existen ocupaciones más productivas y que lo único que se requiere para hacer dinero es echar los desembarcados por la borda. Hacía ya mucho tiempo que ellos se habían separado, era a tan molesta compañía, inútil, por otra parte, para quien se ha decidido a ser vagabundo o malsante de los puertos. Fue así como cayeron primero en contrabandos y luego en simples robos.

Al «Belga» lo ayudaban la distinción que había aprendido de su padre y que sabía mezclar con su rudeza de marino, y la simpatía que emanaba de toda su persona.

Siempre habían obrado con fortuna, pues aun cuando la policía los tenía entre ceja y ceja, nunca fueron detenidos. Eran muy hábiles para que esto sucediera.

UN ENCUENTRO INTERESANTE.

Una tarde había bastado a Simón para darse cuenta perfecta del ambiente. La misma noche del día que llegó a Caleta Nueva, dos muchachas, hijas de pescadores, se disputaban las miradas del lobo de mar, pasando y repasando ante sus ojos metálicos sus llamativas siluetas... Él parecía no verlas. No quería «el Belga» meterse en llos de faldas. Si alguna vez tuvo en su vida algún contratiempo serio, las mujeres y únicamente las mujeres habían sido causa de él.

Sin embargo, al día siguiente, mientras paseaba por la playa, pensando en la manera de entrar en relaciones con el sacerdote a quien iba a despojar, no pudo menos que clavar sus ojos en una muchacha que atracaba a tierra un bote, demasiado pesado para ella. Inclinada como estaba, dejaba ver unas pantorrillas claras y hermosas. Simón se aproximó gentilmente y ayudó a la joven en su labor. Cinco minutos después ambos caminaban hacia el poblado, conversando como dos verdaderos amigos. «El Belga» iba bien afeitado, su chaquetón de marino se veía limpio a pesar de toda la sal pegada a sus tejidos, y su gorra no era capaz de contener algunos mechones de cabellos crespos, que no dejaron de impresionar a su compañera.

Muchos temas pasaron rápidamente por la conversación. En todo estaban acordes, acerca de todos tenían las mismas ideas, claras y bien definidas. Simón sentía en lo hondo una inmensa alegría al encontrar aquella muchacha de grandes ojos azules, que se adaptaba a sus gustos, y hermosa como él secretamente la había soñado en medio de las largas navegaciones y a pesar de cuantas cosas desagradables sucedíanle con las mujeres. Sin embargo, una sombra velaba este regocijo. Y es que aun cuando ningún propósito, ninguna intención nos guíen al gozar de la proximidad de una persona, no podemos menos de sentir cierta tristeza, considerando las distancias que nos separan de ella. Simón pensaba en su obscura vida, en sus manejos sucios y veía a su lado aquella muchacha que se conocía tan fresca y tan sana de espíritu como de cuerpo.

Llegaban a la pequeña iglesia de Caleta Nueva, un barracón algo más grande que las otras casas. Junto a ella había una casita pequeña y alegre.

—Bueno, señor—dijo la muchacha—. Hasta aquí llego yo. Mi tío debe estar aguardándome para el arreglo del altar...

«El Belga» abrió sus ojos... El asombro lo dejó inmóvil por algunos instantes.

—¡Ah!—pudo por fin decir—. ¿Usted es la sobrina del señor cura?

—Sí, yo, pero, ¿por qué se asusta?



—Me habían hablado de usted, señorita—contestó el Belga, ya recordado—. Me habían dicho que era usted hermosa y buena, e inteligente... Pero nunca creí que ello llegara a tanto...

—¡Oh...—rió ella—. Se permite usted decirme galanías...— Y luego agregó seriamente:—Pero se hace tarde, amigo mío, y siempre quedará tiempo para que conversemos largamente. A menos—agregó—que usted quiera ayudarnos a mi tío y a mí en el arreglo del altar...

—Recuerdo,—contestó Simón—que cuando pequeño fui el sacristán de un cura que estubo una vez a bordo del barco de mi padre. Sí, yo lo secundaba las veces que quiso decir misa a los marineros. Por supuesto que ellos no hacían gran caso de la sagrada ceremonia. Sólo yo tomaba en serio la misa y créame que ponía en ella tanta devoción como el mismo cura. De ahí que yo conocía esto y pueda serle de utilidad...

—Entonces, entre usted, señor Simón.

—Usted se admira de la inmensidad... Todos los años ocurre igual cosa amigo mío; todos los años arriban por miles y miles. Se marchan, pero no puede olvidar el lugar en que nacieron y aquí regresan a morir. ¿Desde cuándo sucede esto? Estoy por creer que desde el principio del mundo...

Y aquella misma tarde sucedió un hecho que iba a grabarse profundamente en la memoria de Simón. Caminaban hacia el poblado, cuando un hombre muy viejo, un pescador a juzgar por las redes que llevaba en el hombro, se aproximó a ellos y miró al «Belga» con una atención tan prolongada que éste, molesto, iba ya a interpelearlo, cuando Ana le dijo:

—No se enoje usted, Simón. Es el tío Jonás, el más viejo de por estos lados, y ya se está quedando ciego. Hay que perdonarle su manera de mirar, que resulta algo impertinente...



UNA MIRADA DE DESCONFIANZA.

Poco le costó al «Belga» granjearse la confianza del cura, un santo varón y menos aún la de su sobrina. Eran gentes libres de complicaciones, acogedoras y simpáticas. Se sucedían largas veladas, que para el muchacho constituían un placer demasiado claro, demasiado ancho y profundo, tanto como para hacerlo olvidarse a veces del objeto de su viaje a Caleta Nueva. Sin hacer nada por ello, llegó a saber dónde guardaba el cura su dinero. El mismo pastor se lo había dicho y aún había precisado la cantidad, que superaba, por cierto, los cálculos de Jim.

—Lo que se ha reunido durante años y años, con trabajos y limosnas—había referido el cura. Y por un momento le pareció a Simón que tocar ese dinero habría sido un verdadero sacrilegio.

Por las tardes, Ana y «el Belga» salían hacia la playa desierta y paseaban por los alrededores. Una vez la niña habló a Simón acerca de las gaviotas.

También debía recordar después el joven que a la caída de la tarde, cuando cruzaba la única calle del poblado para recogerse a la posada, había visto, en la puerta de la iglesia al tío Jonás y a Ana, que conversaban animadamente. A su saludo, la niña había respondido con una dulce sonrisa, el pescador con una mirada escrutante...

LAS TERRIBLES IRAS DE JIM.

Los días se pasaban y el negocio aun no se había realizado. Jim estaba furioso y cada vez que divisaba a su patrón conversando alegremente con Ana, daba terribles patadas en el suelo. ¡Ah, las mujeres! Demasiado las conocían ellos, para ir, así como así, a meterse entre sus garras. Y Jim veía con desesperación que su amigo no se apartaba ni un momento de la muchacha y que el negocio se retrasaba día a día.

Así era, en efecto. Apremiado a veces por los reproches de Jim, «el Belga» estudiaba o fingía estudiar el plan, que, por cierto, era sencilla-

simo. El niño de escuela podía realizarlo tan bien como ellos... Jim iría en la alta noche a pedirle al cura que acudiera a administrar los últimos sacramentos a un moribundo, en los alrededores, mientras que Simón se introducía en la casa y saqueaba el cofre del dinero. Luego ambos se marchaban tranquilamente en el bote.

Todo eso era de una sencillez infantil. Pero ciertos presentimientos no debían de golpear el rudo pecho del marino. ¿Por qué el tío Jonás, el más viejo de los pescadores, lo miraba con esos ojos de ave de rapina, que parecían decir: «En otra parte nos hemos visto, amigos?» El no lo recordaba, pero pensó que Jonás muy bien podía haberlo conocido en cualquier puerto, saber quién era el llamado «Belga» y habérselo revelado a Ana. Pero si las cosas habían ocurrido así, ¿cómo era que la joven permanecía tan amable como de costumbre?

LA GRAN REVELACION.

Una vez Ana le pidió que la acompañara a casa de un capitán solitario, que había elegido aquel poblado para vivir sus últimos días cerca del mar. La joven llevaba un envoltorio de papeles en la mano.

La casa era pequeña, humilde como todas las de Caleta Nueva. Pero Simón se quedó admirado ante el cuartito en que lo recibió el marino, que estuvo amabilísimo con ellos. Sobre las paredes había retratos, un salvavidas, un pedazo de rueda de timón y encima de un anaquel grandes caracoles marinos y algunas gaviotas y peces embalsamados. «El Belga» miraba todo eso con atención, más aún, con una curiosidad que no podía disimular. Sentía la clara, la absurda sensación de conocer aquellas cosas, de haberlas visto en otra parte del mundo. El marino y Ana lo contemplaban sonriendo. Por fin él dijo:

—Es curioso, pero juraría haber visto esto otra vez...

—Y no juraría en vano—interrumpió Ana—. Tiene usted toda la razón, amigo mío, no es la primera vez que usted se encuentra ante estas cosas.

—¡Pero no es posible!—replicó Simón alarmado—. Si yo nunca había venido a este lugar.

—No, en eso sí que está equivocado—dijo Ana—. Usted dice llamar-se Simón Constand, ¿verdad?

—Sí, y soy hijo del Capitán Constand.

—Pues, yo le voy a probar que ésa no es la verdad, mi amigo—. Y desplegando los papeles que traía en la mano, los extendió sobre la mesa.—Usted cree reconocer estos lugares, como que en realidad los conoce, ya que ha nacido aquí.

—¡Yo!... ¿Yo he nacido aquí...?

—Sí, y nosotros lo habríamos ignorado siempre a no ser por el tío Jonás, que lo ha reconocido. Usted es hijo del capitán Geralt, que vivió en este mismo poblado, y en esta misma casa. Nada ha cambiado desde entonces y he aquí que su memoria se ha impresionado ante la vista

de estos retratos, de estos animales embalsamados... Sí, está usted en el lugar de su infancia. ¿Ve esa fotografía? Sí, ese marino de frente ancha. Es su padre, hombre, el capitán Geralt, que tanto contribuyó al crecimiento de Caleta Nueva... Aquí tengo algunas copias que he sacado de los registros de la iglesia. Su partida de nacimiento, vea usted: Pablo Vicente Geralt... y no Simón Constand, como usted cree. El tío Jonás fue quien me lo advirtió: —«Ese hombre es el hijo del capitán Geralt. ¡Si se diría que es el mismo capitán! El parecido es asombroso». Por mi parte, he venido aquí, he hablado con los viejos de Caleta Nueva y ellos me han explicado el misterio. Cuando su padre murió, usted, Pablo, era un niño. Un capitán belga cuyo barco ancló por aquí para llenar de agua sus toneles, ofreció llevárselo como regalo. Ningún pariente tenía usted, mi amigo, y entre Jonás y los otros lo embarcaron. Han pasado los años y la vida lo devuelve a estos lados. Veá usted, lo mismo que las gaviotas, que desaparecen, pero que después, fatalmente tornan al lugar donde han nacido...

Simón estaba anonadado. Aquello no permitía dudas. Estaba claro. Ana sólo hablaba la verdad y todos tenían razón. Con los ojos brillantes miró aquel retrato, que le decían ser de su padre. Tenía una barba. De habérsela borrado... Simón se sentó. Se encontraba presa de una terrible emoción, como pocas veces la había sentido a lo largo de su vida aventurera... Su padre, aquellos lugares, el retrato, las gaviotas que vuelan el vuelo pero que regresan... El capitán Geralt a quien se recordaba como a uno de los benefactores de Caleta Nueva... Y él... El había venido precisamente a robar el dinero de la iglesia... Esa revelación súbita lo ponía mal de veras. Ahora, de golpe, se le venía encima todo su pasado, desde la infancia que empezaba a entrever en los pliegues oscuros de la subconsciencia, hasta los años en que era navegante, y más tarde contrabandista, y luego... luego... ladrón. Y allí estaba Ana, tan pura, tan hermosa, que sonreía al ver su emoción, que le devolvía su infancia, y que... acaso... ¿Por qué había hecho eso ella? ¿La guiaba sólo el interés de hacer un bien, de que «el Belga» conociera su verdadero origen? Mucho rato estuvo el muchacho sin hablar. Luego se levantó, agradeció al capitán su intervención y echó a andar con Ana, silencioso, caída la cabeza. Cuando llegaron a la puerta de la iglesia, se despidió de la muchacha mirándola largamente y oprimiéndole con fuerza la mano, como si con esa mirada y esa opresión pudiera pagarle el favor que acababa de recibir.

PRECIPITADO REGRESO.

Por la noche, a la hora en que las gaviotas dormían sobre las rocas, acunadas por la luz de la luna marinera, Simón, es decir Pablo Vicente Geralt, y Jim reflojaron el bote y se alejaron lentamente y para siempre de Caleta Nueva. Ciertamente que el dinero de la iglesia no había sido tocado por ellos.

LUIS ENRIQUE DELANO